

presa en que se había empeñado ⁽¹⁾; no quedó al infante otro arbitrio que abandonar la costa de Génova, é internarse por el Delfinado para pasar á Saboya, lo que no pudo verificar hasta el mes de setiembre.

¿Qué había de hacer con esto el de Montemar? Sin este socorro, continuando la desercion de sus tropas, sabiendo los progresos de las armas húngaras y austriacas en Alemania, las derrotas de los franceses en Bohemia, el tratado de paz del rey de Prusia con María Teresa, á que se adhirió tambien el de Polonia, que otro ejército imperial se aprestaba á invadir las Dos Sicilias, y que el rey de Cerdeña y el alemán Traun, despues de apoderados de Módena, se dirigian á pasar el Panaro con intento de tomar á Rímini y cortarle la retirada, anticipóse á levantar el campo de Bendeno, y marchando los ejércitos enemigos en líneas paralelas logró el de Montemar llegar primero á Rímini (julio, 1742), donde se mantuvo algunos dias esperando á los enemigos en orden de batalla. Mas como allí recibiese noticias fidedignas del peligro que corria el reino mismo de Nápoles, consideró como de la mayor necesidad y como su mas urgente obligacion cubrir aquel reino, á cuyo fin determinó situarse en Foligno, donde llegó el 22 de agosto. En efecto, la escuadra

(1) Gravisimos cargos hacen los escritores españoles de aquel tiempo al cardenal de Fleury por su política sospechosa, si no del todo adversa á España desde el principio de esta guerra, y á él le atribuyen casi en igual proporcion que al ministro español Campillo, con quien indicaba en inteligencia, la mayor parte de los males que se experimentaron.

inglesa se había presentado repentinamente delante de Nápoles; un capitan saltó á tierra, é intimó al monarca napolitano que se declarára neutral en aquella lucha, ó de lo contrario bombardearía la ciudad (20 de agosto, 1742); y como los ministros de Nápoles intentáran entrar en negociaciones, saçando el capitan inglés su reloj y poniéndole sobre la mesa, «necesito, les dijo, la respuesta dentro de una hora.» A tan ruda intimacion, y con el fin de salvar la capital de la destruccion que la amenazaba, el rey Cárlos, cediendo á la violencia, se comprometió por escrito á guardar la neutralidad mas estricta. En su virtud, se despachó inmediatamente orden al marqués de Castropiñano para que se retirára con las tropas napolitanas, dejando solo á Montemar con los españoles; golpe fatal para el general español, por mas que muchos soldados napolitanos se negáran á seguir al suyo prefiriendo continuar en nuestro ejército ⁽¹⁾.

Cuando Montemar, despues de este contratiempo, se disponia á salir de Foligno obedeciendo á órdenes recibidas de Madrid, llególe otro espreso (9 de setiembre, 1742), en que se le mandaba volver á España so pretexto de achaques y falta de salud, de que él no se había quejado, y que le acompañara ei

(1) Beccatini, Vida de Cárlos III. lib. II.—Campo-Raso, Memorias políticas y militares.—Buonamici, Comentarios de la guerra de Italia.—Historia de Inglaterra, reinado de Jorge II.—Historia del reino de Nápoles.—Casa de Austria, Reinado de María Teresa.—Muratori, Anales de Italia.

marqués de Castelar, entregando el mando del ejército á don Juan de Gages, teniente general mas antiguo. El ministro Campillo habia al fin logrado sacrificar aquel general benemérito, objeto constante de sus envidias. Obedeció el ilustre caudillo, y juntos ambos generales emprendieron la vuelta á España, y despues de haberse detenido en Génova aguardando inútilmente contestacion del ministro á instrucciones que le pidieron, y no sin correr grandes peligros de caer prisioneros de los enemigos que estaban á su acecho, arribaron por fin á Barcelona. Esperábalos allí otra orden del ministro, en que les mandaba retirarse, al de Montemar á su Encomienda, al de Castelar á Zaragoza, y que no salieran de estos dos puntos sin real permiso. Ambos obedecieron sumisos el mandato. Al fin el de Castelar, á quien no se podia hacer otro cargo que su estrecha amistad con el duque, obtuvo despues permiso para venir á la córte: al presentarse á Campillo, le dijo éste: «Y bien, por no haberme creído V. E., se encuentra á pié. —Nunca esperé menos de V. E.» le contestó el marqués. El de Montemar se ocupó en su destierro en escribir la justificacion de su conducta, y en demostrar los desaciertos y las intenciones de su adversario, y lo consiguió cumplidamente, y volvió la gracia del rey, pero esto no fué hasta despues de la muerte de su émulo que sucedió á poco tiempo (4).

(4) Aqui concluyen las Memorias de don José del Campo-Raso,

El cambio de gefes no influyó al pronto de una manera sensible en la guerra de Italia. El de Gages se limitó á hacer un movimiento sobre Módena, mas luego se retiró á cuarteles de invierno; hicieron lo mismo los austriacos, y los sardos se volvieron á su propio pais. La reina de España no podia sufrir tan larga paralización en sus tropas; y casi á los principios del año siguiente pasó las mas apremiantes órdenes al de Gages para que sin demora atacára al enemigo, ó dejara el mando. En su cumplimiento movióse el general español (3 de febrero, 1743), y pasó el Tanaro sin dificultad, situándose en Campo-Santo. No tardó en venir á buscarle el general austriaco Traun resuelto á dar la batalla, que aceptó el español, empeñándose un recio y furioso combate (8 de febrero, 1743), que duró hasta muy entrada la noche. Aunque los españoles se proclamaron victoriosos, porque durmieron sobre el campo, y cogieron bastantes estandartes y cañones á los enemigos, su pérdida habia sido grande, y á la mañana siguiente tuvieron por muy prudente retirarse de prisa á Bolonia, sin atreverse á aventurar nueva batalla, y dando con esto motivo á Traun para blasonar de haber quedado vencedor. Y como luego llegasen sócorros á Traun (marzo, 1743), suspendió el de Gages todo movimiento que pudiera

que escribió para que sirvieran noticias de los sucesos de este último tercio del reinado de Felipe V. que se encuentran tan apreciables

comprometerle, manteniéndose el resto del año en los estados de Bolonia, Ferrara y Marca de Ancona, perdiendo mucha gente entre deserciones y enfermedades, hasta quedar reducido su ejército á solos cinco ó seis mil hombres. Y por último, acosado por el general Lobkowitz, que habia reemplazado á Traun en el mando de las tropas austriacas, por haber sido éste llamado á Viena y encargádose de la guerra de Bohemia contra los aliados, se vió forzado el de Gages á refugiarse en el reino de Nápoles.

La corte de Francia, que siguiendo la política contemplativa y ambigua del cardenal Fleury, habia dejado pasar todo el año anterior en una apatía y en una inacción injustificable, sin mover de la Provenza y el Delfinado las tropas que habia de mandar el infante don Felipe, conoció al fin á fuerza de desengaños que era menester forzar el paso de los Alpes y combatir al rey de Cerdeña ⁽¹⁾, que habia estado entreteniendo al gabinete de Versalles, aparentando prestar oídos á sus proposiciones, mientras, haciendo un doble papel, andaba en tratos con María Teresa de Austria, valiéndose de los celos y de las necesidades de ambas naciones para lograr sus fines á espensas de ambas. El cardenal de Fleury, que ya hubiera debido de convencerse de que habia quien le ganara á jugar ma-

(1) El infante don Felipe, con su ejército reforzado, y llevando por general al marqués de la Mina que reemplazó á Glimes, penetró en la Saboya; pero no era á propósito la estación, y aquel movimiento no pudo pasar de un amago de campaña. El rey de Cerdeña habia vuelto al Piamonte, y entró en Turin en enero de 1743.

ñosamente los resortes de la política contemporizadora, se sorprendió otra vez cuando supo la alianza ofensiva celebrada en Worms entre Austria, Inglaterra y Cerdeña (2 de setiembre, 1743), en que la reina de Hungría, además de ciertas concesiones que hacia á Carlos Manuel, se comprometia á poner á sus órdenes treinta mil hombres en Italia, y la Inglaterra á tener una fuerte escuadra en el Mediterráneo, sin contar con un cuantioso subsidio anual, y otro para el rescate de Finale.

Hizo esto salir á Francia de su adormecimiento, penetróse de la necesidad de estrechar más sus vínculos las dos familias de Borbon, y á la triple alianza de Worms opuso el tratado de Fontainebleau, que se intituló «Alianza perpétua ofensiva y defensiva entre Francia y España.» Después de garantizarse ambas naciones todas sus posesiones y sus derechos presentes y futuros, el rey Cristianísimo se comprometia á sostener á Carlos en las Dos Sicilias, á ayudar á Nápoles y España, á conquistar el Milanesado para el infante don Felipe con los ducados de Parma y Plasencia, á condicion de que estos dos últimos los disfrutaria la reina Isabel Farnesio como patrimonio suyo durante su vida; á emprender las hostilidades contra el rey de Cerdeña; á declarar la guerra á la Gran Bretaña, auxiliar á los españoles á la recuperacion de Menorca, y no dejar las armas hasta que les fuese restituida la plaza de Gibraltar.

Entretanto el infante don Felipe habia intentado abrirse prso á Lombardía con veinte mil hombres por el valle de Castel-Delfino; pero además de haber tenido que luchar con los obstáculos naturales que el pais ofrecia y con el rigor y la intemperie de la estación, encontró al rey de Cerdeña muy apercebido, con su ejército al rededor de Saluzzo. Por tanto, despues de haber llegado á Pont (octubre, 1743), retrocedió al Delfinado, temiendo verse interceptado por las nieves.

La muerte del cardenal Fleury ⁽¹⁾, y su reemplazo por el cardenal de Tencin, hombre de genio emprendedor y atrevido, de todo punto opuesto al pacífico y débil de su antecesor, contribuyó mucho á alentar á la Francia en la actitud resuelta que acababa de tomar. Dos grandes proyectos formó para quebrantar el poder de Inglaterra, el uno mover una guerra interior en aquel reino, el otro destruir su escuadra del Mediterráneo, atacándola las fuerzas navales combinadas de España y Francia. Ofrecian ocasion para lo primero las discordias políticas de los ingleses y el partido de los descontentos y enemigos de la dinastía reinan-

(1) Murió este célebre ministro á la edad de 90 años. Tercer cardenal que habia gobernado la Francia, aunque no carecia de talento, no acertó á llenar un fin político como sus antecesores Richelieu y Mazarino: amigo de la paz, sin acertar á conservarla, dejó por legado á su nacion una

guerra funesta en que habia entrado con repugnancia, y que no supo mantener con ardor despues de envuelto en ella. La España, que no le debió sino entorpecimientos y obstáculos, si no se alegró de su muerte, por lo menos no tuvo motivos para sentirla.

te. Contando con estos, dispuso la Francia enviar al pretendiente Cárlos Estuardo, hijo del antiguo pretendiente, llamado el caballero de San Jorge. Un ejército de quince mil hombres, mandado por el conde de Sajonia, habia de acompañarle, protegiendo su travesía una escuadra de veinte navíos de línea que cruzaria el canal de la Mancha. El pretendiente Cárlos pasó de Roma á París disfrazado de correo de gabinete español, y tuvo una entrevista con aquel rey. Hubo con este motivo serias contestaciones entre el embajador británico y el gobierno francés. La escuadra salió sin embargo de los puertos de Rochefort y de Brest. Pero la aparicion imprevista del almirante inglés Norris con fuerzas superiores frustró la empresa, obligando á los navíos franceses á volver á sus apostaderos, cuando ya el pretendiente se hallaba á la vista de la tierra prometida, y sufriendo los barcos de trasporte á causa de los vientos averfas fatales. El rey Jorge no perdonó medio para poner en seguridad su trono (marzo, 1744).

El segundo proyecto habia sido formado de acuerdo con la reina de España, que ofendida vivamente en su orgullo de que la escuadra inglesa que bloqueaba á Tolon hubiera estado tanto tiempo estorbando de conducir tropas á Italia, lo miraba como una vergüenza y un oprobio para ella y para la nacion, habiendo en aquel puerto hasta treinta y cuatro velas entre francesas y españolas. Mandaba las primeras el almi-

rante Court, las segundas don José Navarro. Componian la inglesa veinte y nueve navíos de línea y diez ragatas al mando del almirante Mathews y del vicealmirante Lestock, que estaban en desacuerdo por rivalidades y enconos que entre sí tenían. Moviése pues la escuadra aliada, acercóse á la enemiga y se empuñó un vivísimo combate, que se sostuvo con admirable ardor por ingleses, franceses y españoles por espacio de tres dias. Viéronse actos de heroísmo de una y otra parte.

Manióbró el almirante francés con gran inteligencia y maestría. El inglés, que habia sido solo á luchar, pues no pudo conseguir que tomara parte en la pelea su vicealmirante, abrumado de fatiga, viendo sus navíos averiados, y desesperanzado de poder obtener socorro alguno de Lestock, dió la señal de retirada y arrió velas para la isla de Menorca. Luego que llegó á Mahon hizo arrestar á Lestock y le envió prisionero á Inglaterra; éste á su vez acusó al almirante Mathews como criminal por su conducta en un combate que los ingleses miraron como un verdadero desastre ⁽¹⁾. Celebróse con festejos públicos en Francia y en

(1) Fué cosa singular lo que pasó con los gefes de las armadas que concurrieron á este famoso combate, y prueba lo que suele ser en todas partes la justicia humana. Habriéndose acusado mutuamente Mathews y Lestock como culpables de la derrota, uno y otro fueron enviados á un tribunal. El almirante Mathews, que habia trabajado solo contra las flotas aliadas, y portádose con intrepidez y arrojo, fué declarado inhábil para el servicio; y Lestock, que no habia tomado parte en la lucha, manteniéndose siempre fuera de tiro del cañon enemigo, fué absuelto sin que le parára

España, y como una victoria completa: dióse al almirante Navarro el título pomposo de marqués de la Victoria; y en tanto que la armada inglesa se reponia de sus averías, los españoles pudieron enviar sin estorbo socorros de todas clases á sus ejércitos de Italia ⁽¹⁾.

Al tiempo que de esta manera se combatia en los mares, los tres soberanos de la casa de Borbon sostenian por tierra una lucha animada y viva en el Mediodía y en el Norte de Italia contra el Imperio austriaco y sus aliados. Vimos ya cómo el general español conde de Gages, acosado por el austriaco Lobkowitz, se habia visto en la necesidad de refugiarse al territorio napolitano para salvar su menguado ejército. Grande embarazo era éste para Cárlos de Nápoles, que violentado por los ingleses se habia comprometido á guardar una estricta neutralidad. Pero con acuerdo de un gran consejo que celebró, y so color de hacer que se respetára esa misma neutralidad, y de prevenir el peligro que amenazaba á sus domi-

perjuicio en su honra, porque se habia encerrado, se decia, en los deberes de la disciplina militar. Tampoco prevaleció la justicia distributiva en el modo como fueron tratados los gefes de la escuadra aliada. Todo el premio le recibió el almirante español; y el francés, que con sus hábiles maniobras habia salvado á su colega, fué, por instigacion de los oficiales españoles y por empeño del mismo rey, separado momentáneamente del servicio por el gobierno francés. Medida que despertó ciertas antipatías entre los marinos de una y otra nacion, y fué causa de que no pudieran volver á unirse las fuerzas marítimas de los dos reinos hasta el fin de la guerra.

(1) Historia de Inglaterra, Reinado de Jorge II.—Historia de Francia, reinado de Luis XV.—Gacetas de Madrid, marzo de 1744.

nios con la inmediacion de los austriacos, ordenó que un cuerpo de tropas napolitanas avanzára hácia los Estados de la Iglesia. Después, teniendo por cierto que las armas de María Teresa de Austria iban á invadir su mismo reino, consideróse en el caso de romper aquella neutralidad forzada que contra los sentimientos de la naturaleza se le habia impuesto, y anunciándolo asi á su pueblo con muy sentidas palabras, manifestó su resolucion de salir á ponerse á la cabeza de sus tropas con el fin de salvar su reino y auxiliar los ejércitos de su padre y de su primo, llevando para mayor seguridad la real familia á Gaeta, y dejando encomendado á una regencia el gobierno de las Dos Sicilias. Hecho esto, y despidiéndose tiernamente de su esposa y de su hija y del pueblo napolitano, marchó con diez y siete mil hombres camino del Abruzzo (23 de marzo, 1744). Desde Chieti determinó pasar á cubrir los pasos de San Germano y Monte Casino, siguiendo los movimientos de Lobkowitz, que tenia veinte y siete mil hombres. Esta operacion, y la incorporacion que luego se hizo de los ejércitos de Nápoles y España, movieron al general austriaco á cambiar sus planes, y tomando el camino que conduce por Roma á Velletri, y cruzando rápidamente la península, llegó á las inmediaciones de Roma (mayo, 1744), donde fué recibido como en triunfo, por el terror que inspiró á los débiles romanos, que hicieron hasta rogativas públicas como en las grandes calamidades,

y expidieron órdenes para que se diesen á sus huéspedes alojamientos y cuanto necesitasen ⁽¹⁾. Cárlos de Nápoles habia marchado tambien hácia Velletri, y tomó posicion en una eminencia de aquella ciudad, distante solo seis leguas de Roma, en los críticos momentos en que se descubria ya avanzando á ella el ejército austriaco.

Acampados ambos ejércitos en dos eminencias opuestas, separadas por un estrecho valle, pero dueño de la ciudad el de Nápoles y España, estuvieron algun tiempo observándose y respetándose. El general austriaco destacó algunas tropas por el pais vecino, las cuales se apoderaron sin dificultad de alguna ciudad abierta, y derramaron manifiestos en que ya claramente se excitaba á los napolitanos á que volvieran á someterse al dominio de Austria, ofreciéndoles grandes privilegios y alivios de tributos; manifiestos á que la ciudad de Nápoles contestó enviando á su rey un donativo voluntario de trescientos mil escudos, y asegurándole que confiase en la lealtad de la capital. En tal estado quiso el general aleman dar un golpe de mano, en que se proponía nada menos que sorprender durmiendo al rey Cárlos y al duque de Módena (que ya habia vuelto á abrazar el partido de los Borbones, y era uno de los gefes de este ejército).

(1) «Habian desaparecido ya, con las armas en la mano, como esclama aqui un escritor italiano, habia hecho Julio II.»—Beccatini, lib. II.
los tiempos en que los papas defendian y dilataban sus Estados

Y en efecto, la noche del 11 de agosto (1744), como una hora antes de amanecer, seis mil alemanes penetraron por diferentes puntos en Velletri, matando los continelas y degollando los pocos soldados que á aquella hora se encontraban. Muy poco faltó para que lograran su intento de sorprender al rey y al duque que dormían en el palacio Ginneti, y hubieranlo conseguido á no avisarles el embajador francés de Nápoles que allí estaba y despertó al ruido; apenas Carlos y el de Módena tuvieron tiempo para vestirse de prisa y ponerse en salvo pasando por medio de los arcabuces enemigos. Por fortuna los invasores se entretuvieron en el saqueo, y dando con esto lugar á que se repusieran del primer aturdimiento algunos regimientos de los aliados, lanzaron de la ciudad á los agresores sembrando de cadáveres las calles ⁽¹⁾. Lobkowitz fué con nueve mil hombres á atacar las trincheras que estaban sobre el monte de los Capuchinos, pero rechazado por el vivísimo fuego que le hicieron los españoles, tuvo que retirarse abandonando los puestos ocupados ⁽²⁾.

Si bien la pérdida de los hispano-napolitanos en esta sorpresa fué grande, y no se puede negar el mérito del general austriaco en el modo de preparar-

(1) Sucedió en todo casi lo mismo que en la célebre sorpresa de Cremona ejecutada en 1702 por el príncipe Eugenio, cuyo suceso se propuso imitar Lobkowitz. dice el italiano Beccatini, fué tan vivo y bien dirigido, que cuantos avanzaban rodaban muertos hasta el fondo del valle.—Vida de Carlos III., lib. II.

(2) «El fuego de los españoles,

la y dirigirla, también sufrió él gran quebranto en su gente, y se persuadió de que no era posible penetrar en los estados del rey de Nápoles. Ambos ejércitos permanecieron todavía más de dos meses en la misma situación, sin hacer más que hostilizarse con escaramuzas y con algunos tiros de artillería. Por último el alemán levantó su campo (1.º de noviembre, 1744), marchando hacia Roma, y pasó el Tiber dirigiéndose á Viterbo, no sin experimentar la rápida disminución de su ejército, que padeció indeciblemente con las mortíferas exhalaciones de las lagunas Pontinas. En pos de él marchó el rey de Nápoles, que á su paso por Roma entró á hacer una visita al Sumo Pontífice, de quien fué privada y públicamente muy agasajado. Continuó el ejército aliado siempre en persecución y casi á la vista del de Austria, pero sin poder alcanzarle. Sin embargo el español conde de Gages tomó por asalto á Nocera. El rey Carlos pasó á Gaeta á buscar la reina su esposa y la princesa su hija, y con ellas y la infanta María Josefa, que nació en Gaeta el 10 de julio ⁽¹⁾, se volvió inmediatamente á Nápoles, renovándose á su entrada (diciembre) las demostraciones de afecto de sus súbditos. De esta manera los ejércitos enemigos vinieron á encontrarse al fin del año casi en la misma situación que habían tenido al terminar el anterior ⁽²⁾.

(1) Es la misma que vivió después en Madrid con el rey Carlos IV. su hermano.

(2) Beccatini, Vida de Car-

En tanto que esto pasaba por el Mediodía de Italia, el infante don Felipe á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres, la mayor parte franceses, con el príncipe de Conti, penetraba por las gargantas de Tenda dirigiéndose á las llanuras del Piamonte, tomaba á Niza y los puestos atrincherados de Montalvano y Villafranca, y hacia retirar las tropas sardas que defendian las montañas y desfiladeros. Mas no pudiendo sostenerse en un país tan estéril, dividióse el ejército en varias columnas para penetrar por los profundos valles que cortan la cumbre mas elevada de los Alpes, teniendo que luchar con todos los obstáculos de la naturaleza, con rocas, torrentes, tormentas y precipicios. Una division franco-española ocupó á Oneglia (6 de junio, 1744), y bajando después de Col de l'Agnello y otras alturas á los valles del Piamonte, se apoderaron de algunas fortalezas cerca de Monte-Cavallo y de Castel Delfino (julio, 1744). El rey de Cerdeña se retiró á Saluzzo por temor de que le cortára alguna columna. Los franco-hipanos, después de rendir á Demont (17 de agosto), pusieron sitio á Coni (Cuneo), única plaza que los impedia ya bajar á las llanuras del Piamonte. Pero tenia una fuerte guarnicion mandada por un general veterano y hábil; los habitantes tomaron tambien las armas; de los montes

los III. lib. II.—Buonamici, Comentarios de la guerra de Italia.—Historia de la casa de Austria.—Muratori, Anales de Italia.—Bourgoin, Cuadro de la España moderna.

circunvecinos bajaban los naturales á interceptar los pasos al ejército, y cuatro mil austriacos y croatas llegaron en auxilio del rey de Cerdeña. A pesar de todo fué Cárlos Manuel rechazado, teniendo que retirarse de noche, despues de un mortífero combate; abrióse trinchera en la plaza (13 de setiembre), mas como el cerco no era completo, logró el rey con mucho trabajo introducir un refuerzo considerable de tropas frescas con provisiones de guerra y boca, lo cual hizo prolongar y dificultó las operaciones del sitio. Y como escaseaban los víveres para los sitiadores, y la estacion avanzaba amenazando cerrar las nieves el paso de los Alpes, y tenian delante el ejército sardo, determinó el infante levantar el asedio (22 de octubre, 1744). Retrocedió el ejército á Demont, voló sus fortificaciones, y subiendo otra vez los Alpes por entre nieve y hielos, bajó lentamente á los valles del Delfinado (diciembre), donde llegó estenuado del cansancio y de las privaciones ⁽¹⁾.

• Tal fué el resultado, si resultado puede llamarse, de las campañas simultáneas de 1744 en una y otra region de Italia.

(1) Muratori, Anales.—Buonamici, Comentarios.—Ojeada sobre los destinos de los Estados Italianos.—Historia de Francia; Luis XV.